

EL INCENDIO DE MANLLEU

Después de la entrada de los liberales a Manlleu, en la noche del 1 al 2 de octubre de 1837, que motivó la retirada de la columna carlista capitaneada por Tristany, la población quedó declarada oficialmente como partidaria de Isabel II.

Manlleu estaba considerado militarmente como una de las primeras plazas del Llano de Vich, dada su situación estratégica ofrecida por el río Ter que formaba barrera por su parte meridional. Como complemento a tal situación, los liberales se apresuraron a fortificarla por medio de un muro, unido al ya existente en la parte de Dalt-vila, que abarcara la principal parte baja de la población.

En dichas obras de amurallamiento, se obligó a contribuir a varios pueblos vecinos. Así consta, por ejemplo, que Torelló entregó 17.050 reales al maestro de obras de Roda de Ter, Jaime Maciá, empresario de aquellos trabajos.

Esta extensa como débil fortificación, fué limitada a un levantamiento de muros, unidos a trechos con las mismas casas que, por su situación o estructura, ya formaban muralla, tapiando solo las aperturas exteriores más bajas.

Algunas bocacalles fueron protegidas con sendas torres de defensa denominadas —según atestigua Domingo Torrent— con simbólicos nombres de la época: Torre del Progreso, Torre de la Libertat, etc.

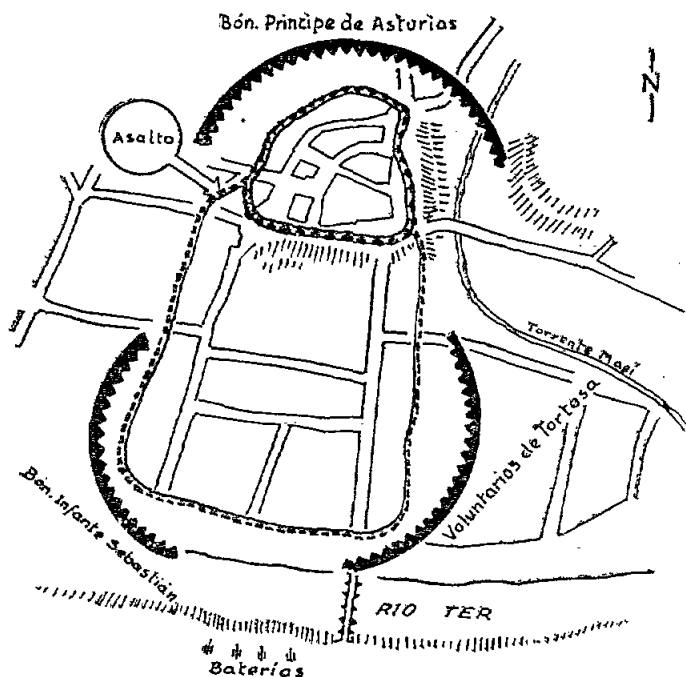
La guarnición de la plaza constaba de unos 70 soldados del Regimiento de Zamora, capitaneados por Juan Pujol, José Sabatés, Jaime Serra y Jaime Rusinyol; además de algunos migueletes de Vich y una compañía formada por manlleuenses obligados a tomar las armas.

El Conde de España, conocido popularmente por el *Tigre de Cataluña*, desde últimos del año 1837 en que fué destinado a la región catalana en calidad de comandante general del ejército carlista, había mantenido su prestigio como buen militar; más, a consecuencia de una estratagema del general Carbó que permitió a los liberales poder entrar un fuerte convoy a Solsona, el Conde de España quedó en ridículo, puesto que le faltó la astucia más elemental para prevenir la estratagema del enemigo. Tal hecho, que a primera vista pudiera parecer insignificante, venía precedido de una cuestión de honor, pues el Conde había puesto todo su empeño para evitar el paso de dicho convoy. En un parte de guerra, él mismo intenta justificarse de tal fracaso. Como sea que tuviera necesidad de una compensación para desvanecer el fracaso, abandonó Berga donde se hallaba, desde mucho tiempo, resguardado de todo intento de lucha. Por otra parte, el espíritu combativo de su hueste empezaba a sentir la impaciencia, atribuyendo al Conde ciertos defectos denigrantes para un general. Además, según se desprende de un parte de guerra del mismo Conde, debía justificar su conducta ante la Junta.

Tomó, pues, una resolución que fué fatal para Manlleu.

Cruzando la comarca del Lluusanés, sin detenerse, vino a la Plana de Vich, llegando cerca de Manlleu por la orilla derecha del Ter, el 28 de abril de 1839.

¿Cuáles fueron las causas que motivaron el que fuera la villa de Manlleu la elegida como víctima de su satisfacción bélica?



Al principio hemos señalado que dicha población era una de las localidades de mejores condiciones estratégicas, subrayadas ahora con las fortificaciones recién terminadas. El Conde de España necesitaba una victoria sonada, precedida de una lucha difícil. De ahí que no se detuviera en ningún otro pueblo del itinerario, consiguiendo con ello ganar tiempo y evitar posibles refuerzos por parte del enemigo.

Manlleu reunía excelentes condiciones para sus propósitos.

Acampó en Vilamirosa, instalando su cuartel general en la casa de campo de El Fugurull. Con el fin de justificar el ataque, mandó unos emisarios con una orden conminatoria de rendición; mas como sea que una capitulación pacífica no habría resuelto su situación, ni recobrar su prestigio, procuró, con toda malicia, que la orden de rendición fuera lo suficiente injuriosa para que el comandante de la plaza y los manlleuenses en general, se sintieran ofendidos en su honor y dignidad.

Envío, pues, un oficio al comandante de las fuerzas de la villa, en el sentido de que si dentro de una hora no capitulaba a discreción, destruiría por completo la población y pasaría a cuchillo a todos sus habitantes. Tal como deseaba, el Conde de España consiguió una rotunda negativa, ya que por toda respuesta se le devolvió el mismo oficio previamente ensuciado con inmundicia.

A primeras horas de la tarde del mismo día 28 de abril, se ordenó un intenso fuego de artillería sobre la población, cayendo dentro del recinto unas 250 granadas y balas de cañón. Los componentes del regimiento de infantería de Zamora estaban de retén y cuidando del recinto interior o de Dalt-vila, mientras los migueletes y un centenar de hombres de la villa, más o menos armados, eran los que guarnecían el recinto de la parte baja de la población.

Cerca de las cinco de la tarde empezó el intento de asalto, distribuyéndose las compañías carlistas por varios puntos a fin de distraer a las fuerzas sitiadas. Los primeros ataques resultaron inútiles, cayendo, no obstante, herido el gobernador de la plaza, don Clemente Armengol. Los defensores de Manlleu, firmes y tenaces en sus respectivos sitios, hicieron retroceder al enemigo rechazando sus tentativas de asalto. Al atardecer, el Conde de España ordenó un ataque general con toda intensidad. Con tal motivo nombró previamente a los oficiales que debían ponerse enfrente, eligiéndolos entre los que más habían murmurado.

La población, como hemos dicho, estaba circundada de muros, a excepción de las calles que formaban el arrabal, como las del Vendrell, San Pedro, Defora, Caballería, Passió, San Martín, Hera Nova, etc.

Durante el ataque, muchas casas de dichas calles fueron saqueadas y asesinados varios adictos carlistas que se habían escondido para aguardar a sus presuntos salvadores, contravirtiendo la orden de recluirse dentro del recinto amurallado para evitar espionajes sobre la situación de la villa.

Los primeros asaltos, pues, fracasaron como consecuencia del denuedo y bizarria de los defensores. La artillería imprecisa, que disparaba desde la otra parte del Ter, arrojó todos sus proyectiles dentro del recinto, sin conseguir abrir brecha alguna en los muros. Por su parte, la compañía de zapadores fracasó en sus intentos de destruir algún trecho de muralla en sus partes más débiles. Por otra parte los atacantes, desprovistos de escaleras, puesto que con prevención todas las que había en las casas situadas fuera de la muralla fueron destruidas o trasladadas al interior del recinto, no podían encaramarse a los muros a pesar de que, en muchos sitios, sólo alcanzaban una altura de 15 o 16 palmos.

A pesar de las órdenes enérgicas del Conde, los carlistas no llegaban a conciliar un plan concreto; mas el asalto debía efectuarse sin dilación.

Los mismos jefes conferenciaron un buen rato, después del primer intento, para concretar un plan que —opinaron— debía llevarse a cabo con brusquedad y por sorpresa. Esta conferencia fué prolongada para justificarse ante el general que aguardaba los acontecimientos cómodamente instalado en El Fugurull. Dichos jefes no veían posibilidades de intentar un nuevo ataque favorable, a no ser que se iniciara de noche. Al atardecer, resolvieron designar unos grupos entre los soldados más desalmados, eligiendo el sitio concreto por donde debía efectuarse el primer asalto, aprovechando la oscuridad de la noche.

Dándose las correspondientes consignas y disposiciones, el ejército sitiador fué distribuido de la siguiente forma: José Pons, jefe de la primera brigada, pasó a la parte norte con el batallón Príncipe de Asturias; por la parte del puente y hacia levante se extendió el batallón de Voluntarios de Tortosa, mandados por el jefe de la segunda brigada, José Borges, acompañado del ayudante de campo, Luis Adell, y por la parte de mediodía y poniente, el batallón del Infante Sebastián, mandado por el comandante Juan Antonio Gomez.

Todas estas fuerzas estaban reforzadas y protegidas por las compañías de preferencia de los demás cuerpos. Al lado mismo de los tambores que flanqueaban las fortificaciones, el cuerpo de gastadores insistía para abrir alguna brecha en las murallas. El grupo de desalmados previamente elegido, tal como hemos dicho, aguardaba entre las ruinas de la casa Cortada, esperando el momento oportuno para lanzarse dentro del recinto.

A la hora convenida y al son de cornetines, se simuló un asalto de conjunto, llevado a cabo únicamente con determinio y eficacia por el grupo designado que escaló el muro cabe a la casa de la Fidela, entre ambas Cortadas; sitio escogido por ser aparentemente el más abandonado, debido a que el desnivel del terreno ofrecía más confianza a los sitiados.

Así pues, sin hacer ruido por aquel lado, y encaramándose uno sobre el otro ocultados por la oscuridad, se arrojaron dentro de la muralla, afortunadamente en un sitio que estaba aun protegido por el muro interior. El intento, es de suponer, era meterse en la parte alta, cayendo en el recinto más invulnerable para tomar así toda la población. Este asalto, imprevisto por aquella parte, dejó sorprendidos a quienes se hallaban próximos, faltándoles la serenidad necesaria para repeler la débil acometida. La retirada de éstos, ante la inesperada lucha, unida a los consiguientes gritos de alarma, produjo una confusión y pánico general, motivando que muchos abandonaran sus puestos para correr a protegerse en el recinto interior. A las fuerzas atacantes, por tanto, les fué fácil escalar por varios puntos las murallas, ocupando en pocos minutos la mayoría de calles de la parte baja de la población.

Algunos manlleuenses tuvieron aun la serenidad de prender fuego —como debía estar previsto— a las casas que estaban más cerca del recinto fuerte, a fin de evitar que, desde ellas, pudiera el enemigo intentar el asalto al segundo cinturón.

Después de algunas luchas aisladas, todo la parte baja de la población quedó en poder de los carlistas.

Los excesos cometidos por los mercenarios, hastiados de vivir inactivos en Berga, fueron terribles en el saqueo de la parte ocupada, repitiéndose el caso de que muchos manlleuenses que se habían escondido en sus casas para recibir con los brazos abiertos a sus correligionarios, se vieron engarzados con las bayonetas carlistas o pasados cruelmente a cuchillo.

Tan pronto el Conde de España tuvo noticia de la ocupación, dió orden de incendiar todo el pueblo, lo que se cumplió con toda rapidez y crueldad, sin dejar ninguna casa inmune de las llamas, salvándose solo algunas del exterior del recinto.

Contraste pavoroso de la guerra entre la realidad y el cínico parte oficial redactado por el Conde de España, que termina así:

«...Puedo asegurar a V. E. que el valor y entusiasmo de estos voluntarios es digno del mayor elogio, así como la asiduidad y constancia de los pocos zapadores y artilleros que llevaba a mi inmediación, sin que disminuyeran las penalidades consiguientes a 30 días que llevaban todos de campamento; y en medio de la libertad que permite un asalto han dado pruebas de ser católicos, igualmente que valientes, proporcionándome el consuelo de haber conservado las vidas y todo lo más caro a los habitantes de Manlleu, cuya población por lo demás ha sufrido la suerte inevitable a todo punto tomado por asalto, excepto los pocos edificios del último recinto, que no puede tomarse sin artillería de posición, la cual no tenía. Siguen las recomendaciones.— Dios guarde a V. E. muchos años Cuartel general de Santa Cecilia, 29 de abril de 1839.— Excmo. Sr.— El Conde de España.— Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Al rayar el alba las tropas marcharon a las cercanías de Santa Cecilia de de Voltregá, preparándose de nuevo para completar el asalto hasta tomar el segundo recinto; cosa que no pudieron conseguir y que merece otro capítulo.

FRANCISCO DE A. PUJOL ESCALÉ.